



JORNADA ANUAL 2014.
Ficción y retórica del inconsciente
Por: Ana Santillán

“Para saber lo que eso significa
no busquemos lo que eso significa”.
Jacques Lacan¹

“Leemos restos, trozos sueltos, fragmentos,
la unidad del sentido es ilusoria”.

Ricardo Piglia²

De algún modo, las dos citas del epígrafe han estado presentes desde el comienzo de esta investigación. Están vinculadas a aquello que este texto pretende decir, más allá del tema: Se trata de una investigación acerca de la metáfora y la metonimia en su relación con el inconsciente, y que todavía tiene mucho pendiente.

Entonces, este texto no es otra cosa más que algunos apuntes —algunas notas de lecturas— respecto del momento actual en el que se encuentra este estudio. En tal sentido, las dos citas del epígrafe vienen resultando una buena compañía desde el comienzo de este recorrido.

Investigar sobre la metáfora y la metonimia es un modo de aproximarme, de acercarme a una lectura de aquel enunciado fundamental para el psicoanálisis: *el inconsciente está estructurado como un lenguaje*.

¹ Lacan, Jacques. Seminario *Las formaciones del inconsciente*. Libro V. Ed. Paidós.

² Piglia, Ricardo. *El último lector*. Pág.20. Ed Anagrama. 2005.

La metáfora y la metonimia son aquellas dos figuras que la retórica distinguió desde la antigüedad como las figuras capitales del lenguaje. ¿Por qué son capitales? Porque son las figuras que se destacan, entre otras, como productoras de sentido.

Este lugar, centralmente privilegiado por sobre otras figuras retóricas, se ha mantenido constante a través del tiempo para las distintas disciplinas que se ocuparon del lenguaje, aunque hayan sido definidas de distintos modos según los contextos teóricos. Han sido estudiadas inicialmente por la retórica y la poética, también por la filosofía, luego por la lingüística; y más tarde, de un modo completamente inédito, por el psicoanálisis.

No obstante, es importante destacar que las diferencias en cómo han sido definidas estas figuras del lenguaje por las distintas disciplinas, y en las distintas épocas, son notables. En el desarrollo de este texto iremos abordando estas diferencias. Por el momento, con sólo tener presente que para algunos fueron relegadas a ornamentos o adornos en función del estilo, tal vez, ya contamos con una medida de las diferencias fundamentales.

Y en esta vía, ¿cómo no recordar, también que algunos llamaron *desvíos* a la metáfora y la metonimia, y que otros las consideraron como *el más grande de todos los vicios*³? Su uso fue excluido de todo discurso que se pretendiera racional y fue comparado con *aquellas bellas mujeres cuya belleza es instrumento de persuasión y de engaño*. ¿Cómo no recordar que mientras fueron fuente de un intenso debate para la filosofía y para la lógica, brillaron sin dudas, siempre, para los poetas?

Las prolijas taxonomías bajo las cuales las encontramos distribuidas en cualquier manual borran, por cierto, la riqueza de aquellos viejos debates.

La definición de metáfora que marcó por siglos su lugar en el pensamiento, fue la de Aristóteles: *La metáfora es la transferencia a una cosa del nombre de otra (...), por vía de la analogía*.

Mientras tanto, la definición más habitual de sinécdoque dice que se trata de nombrar una cosa en tanto *la parte por el todo*. Y, como veremos más adelante, aquí Lacan entiende, planteando una diferencia, que el concepto *la parte por el todo* se aplica muchas veces para la metonimia. Simplifiquemos las cuestiones ilustrando con un ejemplo: si para referirme a “casa” digo techo, se trata de una metonimia. El sentido es aludido por evocación. En cambio, si digo “madriguera” el sentido es metafórico.⁴

Anticipemos una reflexión: las dos definiciones fundan sus conceptos partiendo de las cosas. En primer lugar existirían las cosas y también existirían aquellos nombres que pudieran, propiamente, nombrarlas. Por eso la definición de metáfora dice *del nombre de una cosa*. Es decir: cada cosa con su nombre propio. Una teoría sobre el lenguaje, que marcó por siglos al pensamiento de occidente, está implícita aquí: se trata de la ontología y de la esencia de las cosas.

Pero no es lo mismo poner en primer lugar las cosas y luego el lenguaje, que partir de la idea que lo primero es el lenguaje y es que es el lenguaje mismo el que funda las cosas. En tal sentido, podríamos decir que todo lenguaje es metáfora en tanto que el sentido propio no existe.

³ Para la lógica de Port-Royal.

⁴ Ejemplos extraídos del Seminario de Jacques Lacan, *La Psicosis*. Libro III. Pág317. Ed. Paidós.

Este asunto, que no es otro que el problema entre el nombre propio y su referente, nunca inquietó a los poetas, puesto que ellos supieron desde siempre que es el lenguaje el que crea las cosas de este mundo, y no a la inversa.

Del mismo modo, en la definición que ya referimos sobre metonimia encontramos la permanencia de cierta ontología aunque ya ha sido plenamente refutada: *la parte por el todo*. Esto supone que existiría una palabra que pudiera nombrar la cosa en su todo.

Pero volvamos al inicio: decíamos que la metáfora y la metonimia fueron pensadas de un modo completamente inédito por el psicoanálisis.

En efecto, la metáfora y la metonimia son las dos figuras o tropos que Lacan distinguió por sobre otras, cuando pensó que el inconsciente y el lenguaje comparten una misma estructura.

Con esta hipótesis inicial, que le aportó la lingüística de su momento, Lacan pudo reconocer que las leyes del lenguaje son homólogas a las leyes del inconsciente. Este paso le permitió reconocer que se trata de los mismos mecanismos que Freud había descubierto en el análisis de los sueños. Los mecanismos que Freud llamó condensación y desplazamiento, son equivalentes a la metáfora y a la metonimia, respectivamente. “De manera general, lo que Freud llama condensación en retórica se llama metáfora; lo que llama desplazamiento, es la metonimia.”⁵

Esta equivalencia responde, justamente, al hecho de que la estructura del lenguaje es la que la experiencia analítica descubre en el inconsciente. Es decir, la estructura del significante.

Entonces, estas dos figuras de estilo que ya la retórica antigua había distinguido, son elevadas categóricamente por Lacan al estatuto de leyes del funcionamiento del inconsciente.

Por lo tanto, tal vez no esté de más insistir y recordar que si Freud fue quien puso de manifiesto el vínculo entre el lenguaje y la experiencia del inconsciente, y fue además quien determinó por primera vez los procesos y los mecanismos primordiales a los que responden las formaciones del inconsciente (síntomas, sueños, lapsus, actos fallidos), decisivamente fue Lacan quien ordenó el campo abierto por Freud.

Amarrado a lo que se denomina la lógica del significante, y muy cercano al decir de Freud —al menos en este tiempo—, Lacan rescató al concepto de inconsciente de todo desvío y lo ubicó nuevamente en su lugar: un lugar cuyo fundamento es el lenguaje.

En su estudio sobre los sueños, Freud ya había descubierto que la hechura, la urdimbre de los sueños, es producto de la “condensación” y el “desplazamiento”. Los denomina como “esos dos maestros artesanos”⁶, para quienes las palabras son los hilos con los cuales traman su texto.

Decir la “urdimbre” de los sueños y llamar “maestros artesanos” a los hacedores del texto de los sueños, no sólo es una bella metáfora, sino que da en el blanco con lo que se trata. Porque si

⁵ Lacan, Jacques: Seminario *Las Psicosis*. Libro III. Ed. Paidós.

⁶ Freud, Sigmund. *La interpretación de los sueños*. Pág.313. Obras Completas. Ed. Amorrortu.

etimológicamente la palabra “texto” es tejido, la palabra “urdimbre” se refiere al procedimiento mediante el cual un conjunto de hilos se ponen de modo paralelo para poder tejer. Por lo tanto, es un modo claro de expresar que en el pasaje de una lengua a otra, entre “el original y su traducción”, participan estas dos operaciones: el desplazamiento y la condensación.

El inconsciente, entonces, en el sentido freudiano, es un inconsciente retórico; por su parte, Lacan es contundente: “si el inconsciente no fuera lenguaje, no habría inconsciente en el sentido freudiano”⁷.

Recordemos que cuando Freud se preguntó por la naturaleza de los sueños, ya había entrevisto que se pueden leer igual que se lee un texto. Un texto cuya naturaleza es la de un *rébus*⁸, es decir “un acertijo en imágenes”⁹. Un acertijo en imágenes, es decir, a la manera de un jeroglífico: una escritura.

Por lo tanto, el sueño se trata de una auténtica escritura en imágenes. Es a causa del trabajo del sueño que las palabras son transpuestas en imágenes. La imagen es, simplemente, el soporte del que se ha valido el lenguaje en su conversión al lenguaje del sueño. Esta transposición no se produce al azar, sino que responde a ciertas reglas que permite su transformación. Reglas que, como en toda escritura, son una condición necesaria.

Entonces sueño, lectura y escritura quedan de este modo vinculados. Vinculados de modo tal, que el sueño se enlaza con la posibilidad de su lectura, en función de su valor literal. En la lectura de los sueños, Freud recomienda no tomar los signos en su valor figural (no darle valor a las imágenes como tales), sino según su referencia a los signos del lenguaje (a su valor signante). Freud insiste: “No confundir la pictografía con una composición pictórica”¹⁰.

El sueño “tiene la estructura de una frase”¹¹, diría Lacan; y para su elaboración, para su composición, “sigue las leyes del signifiante”. La elaboración del sueño es, en sí misma, una retórica.

Para su expresión, el sueño dispone de todos los recursos y la finura que puede tener el lenguaje. Y echa mano, en su función creadora, de todo tipo de figuras retóricas. Desde aquellas que están en función de desplazamientos sintácticos hasta aquellas que acentúan las condensaciones semánticas.

De ese modo lo expresa Lacan a en su texto “Función y campo de la palabra y el lenguaje en Psicoanálisis”, del cual transcribo a continuación uno de sus párrafos: “Elipsis y pleonasma, hipébaton o silepsis, regresión, repetición, aposición, tales son los desplazamientos sintácticos, metáfora , catacrexis, antonomasia, alegoría, metonimia y sinécdoque, las condensaciones semánticas, en las que

⁷ Lacan, Jacques. *Mi enseñanza*. Pág. 45. Ed. Paidós.2007

⁸ “Los *rébus* son acertijos gráficos en los que, a partir del signifiante o el significado de los elementos icónicos o simbólicos, debe reconstruirse una frase”. Nota a pie de página en el Escrito *Función y campo de la palabra y el lenguaje en Psicoanálisis*. J. Lacan

⁹ De este modo define Freud el término *rébus*.

¹⁰ Freud, Sigmund. *La interpretación de los sueños*. Cap. IV “El trabajo del sueño”. Pág.286. Ed. Amorrortu.

El sueño es un *rébus* (...), y nuestros predecesores en el campo de la interpretación de los sueños cometieron el error de juzgar la pictografía como composición pictórica. Como tal, les pareció absurda y carente de valor”.

¹¹ Lacan, Jacques. *Función y campo de la palabra y el lenguaje en Psicoanálisis*.Pág.257. Escritos I.

Freud no enseña a leer las intenciones ostentatorias o demostrativas, disimuladoras o persuasivas, retorcedoras o seductoras, con que el sujeto modula su discurso onírico”¹².

Gracias a “esta verdadera química de las palabras”, a “la composición y recomposición de las sílabas”, el sueño escribe su trama. Una trama que se presenta sólo en apariencia como una trama absurda, ajena, extraña.

Sin embargo, la apariencia inofensiva, disparatada e irreconocible de los sueños no es otra cosa que un disfraz. Un disfraz necesario, puesto que en esa trama lo que va cifrado es un deseo inconsciente, es decir, reprimido.

Se trata, entonces, de las vías que utiliza el inconsciente para enmascarar el deseo. Algún deseo que tiene la posibilidad de satisfacerse por vía del sueño. Lenguaje y satisfacción quedan así vinculados, al menos en Freud.

Entonces, en el centro de este texto, que es el sueño, Freud ubica como causa al deseo. Digamos que entre los hilos de la trama del sueño el deseo inconsciente se encuentra, de algún modo, aludido. Es en el aparente sinsentido donde se encuentra el sentido del sueño.

En síntesis: el deseo es el fundamento del sueño, así como el lenguaje es el fundamento del inconsciente.

El sueño, entonces, es una construcción ficcional, necesaria, para que allí, de modo cifrado, pueda expresarse alguna verdad relativa a algún deseo inconsciente. Esta afirmación echa luz sobre el siguiente enunciado: “la verdad tiene estructura de ficción”. Por lo tanto, en el sueño encontramos una vía ejemplar de la articulación entre lenguaje, ficción y satisfacción.¹³

Ahora bien, la escritura enigmática de los sueños responde al trabajo de ciertos mecanismos y procesos que Freud definió como reglas de composición de la elaboración del sueño: el desplazamiento y la condensación.

Para establecerlas, Freud partió de la siguiente hipótesis: el texto del sueño (es decir su relato, al que llamó “contenido manifiesto”) es el sustituto de pensamientos inconscientes, a los que denominó “pensamientos o contenidos latentes del sueño”. Entonces el relato del sueño, su contenido manifiesto, es “el sustituto desfigurado de los pensamientos oníricos inconscientes que están obligados a adoptar un disfraz encubridor”¹⁴.

Freud dirá que el desplazamiento es un modo eficaz de burlar la censura. Se funda en la omisión o elisión¹⁵ de una representación que estaría cargada de intensidad. Y esa intensidad es transferida a otra representación próxima, con el fin de que resulte inocua.

¹² *Ibíd.*, pág. 257.

¹³ Este término “satisfacción” es el antecedente en Freud, que luego Lacan traducirá con la palabra “goce”.

¹⁴ Freud, Sigmund. *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*. Conferencia III. Pág. 30. Ed. Amorrortu.

¹⁵ “elidir”, etimológicamente proviene del latín *elidere* que significa “expulsar”.

Entonces el desplazamiento es una transferencia de una representación a otra representación que se encuentra contigua. Esta definición coincide con la definición lacaniana de metonimia: la metonimia se produce a partir de la conexión de los significantes en una cadena horizontal. “Es en esa conexión palabra a palabra donde se apoya la metonimia”¹⁶. Se trata del deslizamiento de un significante hacia otro significante contiguo, en el que el sentido es aludido. En ese desplazamiento, los significantes se concatenan en sus relaciones de contigüidad, produciendo un efecto alusivo. Tal es el modo de significación propio de la metonimia: un sentido aludido. Estas definiciones rompen con las definiciones clásicas.

Del mismo modo, respecto de la definición de metáfora, Lacan dirá: es la sustitución de una palabra por otra. Se aleja, en mucho, de la definición clásica: *es la transferencia a una cosa del nombre de otra (...), por vía de la analogía*. En la metáfora no se trata de analogía, ni de comparación, sino de identificación.

Ocurre que estas definiciones suponen otro contexto teórico. Suponen los aportes de la lingüística moderna. Suponen, principalmente, los aportes de Saussure, de Benveniste, de Jakobson. Y suponen, también, que advirtamos cómo Freud ya se había anticipado a los desarrollos de la lingüística.

Encontramos el argumento de estas definiciones en la lectura que Lacan realiza de los aportes del lingüista Roman Jakobson¹⁷, aunque con importantes diferencias.

Haciendo una apretadísima síntesis, recordemos que cuando decimos *lenguaje*, decimos "estructura del lenguaje". Es decir que cada elemento del lenguaje (cada significante), cada unidad, obtiene su valor de acuerdo a su posición en el conjunto, posición se rige por una combinación según leyes. Por lo tanto, decimos que el lenguaje es un sistema de coherencia posicional. “Y este sistema se reproduce en su propio seno con extraordinaria y aterradora fecundidad.”¹⁸

Esta serie de afirmaciones tienen su base fundamental en que ningún significante se significa a sí mismo. Es decir que los significantes son elementos diferenciales, “cada uno es lo que los otros no son”. Son pura diferencia. Recordemos también que, respecto de la producción del sentido, se trata del privilegio del significante, de la autonomía absoluta del significante por sobre el significado.

Estos significantes se vinculan entre sí según dos leyes: la de la metáfora y la de la metonimia.

En tal sentido, es Jakobson quien distingue la existencia de una función metonímica del lenguaje y una función metafórica, en tanto dos dimensiones implicadas necesariamente en todo acto de lenguaje. Es decir que se trata de dos modos en que los significantes se vinculan entre sí: En la metáfora, una palabra se sustituye por otra en función de la similitud de su posición, de modo tal que al ocupar esta

¹⁶ Lacan, Jacques. *Instancia de la letra o la razón desde Freud*.

¹⁷ Jakobson, Roman. *Fundamentos del lenguaje*. Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de trastornos afásicos.

¹⁷ Jakobson, Roman: (pág. 141) *por ello en una investigación acerca de la estructura de los sueños, es decisivo el saber si los símbolos y las secuencias temporales se basan en la contigüidad (para Freud, el desplazamiento que es una metonimia y, la condensación que es una sinécdoque) o en la semejanza, la identificación y el simbolismo, en Freud.*

¹⁸ Lacan, Jacques. Seminario *Las Psicosis*. Libro III. Ed. Paidós.

posición en la sustitución, se produce una identificación de los términos. En cuanto a la metonimia, se trata de la conexión de una palabra a otra por contigüidad.

Al estar fundada en la elisión, el efecto de la metonimia es alusivo (y por ende, de poco sentido). Mientras tanto, la metáfora mantiene de algún modo presente aquello que sustituye, produce un plus de sentido. Lo que se mantiene aludido en la metáfora, se mantiene por su conexión metonímica. Entonces, podríamos decir que la metonimia hace posible a la metáfora.

La definición de metáfora, ligada al eje de la sustitución, es definida por Lacan, justamente, como la sustitución de una palabra por otra. Y como efecto de esta sustitución se crea un sentido nuevo. Se trata de la potencia creadora de la metáfora, en tanto engendra, hace nacer, aporta una significación nueva.

En páginas anteriores dijimos que el texto del sueño es el sustituto desfigurado de los pensamientos inconscientes. Estos pensamientos estuvieron obligados a adoptar un disfraz encubridor. En el pasaje entre el original y su traducción, operan las reglas de composición que ya hemos descrito, y que permiten el pasaje de “una lengua a otra”. De esa “lengua extranjera”, que es la lengua del inconsciente, aunque sea la misma que la de nuestro lenguaje cotidiano.

Esto de “la lengua extranjera” en nuestra propia lengua, me evocó una cita de Proust que menciona Ricardo Piglia en su ensayo “El escritor como lector” (cuando reflexiona sobre una conferencia que diera el escritor Witold Gombrowicz). Piglia nos recuerda que Proust dijo que “el escritor siempre habla una lengua extranjera”.

En esta conferencia, Gombrowicz, se refiere a la metáfora y, por ende, a la poesía. Las palabras de Gombrowicz guardan una estrecha pertinencia con lo que este texto expresa. Piglia escribe:

“Básicamente, lo que Gombrowicz dice, ese día de agosto de 1947, es que no existe ningún elemento específico que pueda determinar un texto como poético. En realidad, su conferencia podría leerse como una crítica implícita a la noción de *literaturidad*, que viene de los formalistas rusos y recorre toda la crítica del siglo XX, esa cualidad que haría de un texto literario y del que la poesía o la función poética sería su punto más claro. Es decir, una crítica a la teoría del lenguaje poético tal cual ha sido enunciado por Jakobson, a la noción de función poética del lenguaje, una función específica que se manifestaría en la actividad poética y que implica una distancia respecto del uso normalizado del lenguaje, una trasgresión de la norma y el uso común.

En el centro de la conferencia está la idea de que la poesía es también una operación que nosotros realizamos con los textos, una disposición y no una esencia.

La disposición a leer poéticamente, según Gombrowicz, es lo que constituye como poético a un texto.”¹⁹

Esta larga cita tiene la función, en este escrito, de introducir y de destacar que el texto depende de la disposición de quien lee. El lector hace al texto. Del mismo modo, la lectura de un sueño depende de su lector. El analista, como lector, determina el texto del sueño, su interpretación.

Por eso, Freud recomienda a los analistas que, como lectores, para no desorientar se en la interpretación, aprendan a discernir las leyes que rigen la composición de ese texto que es el sueño. Ésta es la vía acertada para que los sueños se vuelvan legibles.

Como ya fue dicho anteriormente, el relato del sueño no es otra cosa que una frase; y como tal, responde a las leyes y a la lógica del significante. Esto implica al menos dos cosas: que es esta lógica la que le otorga al sueño su legalidad y por ende, su posibilidad de lectura. Por lo tanto, el sentido de los sueños sólo se halla en un análisis del lenguaje.

Por lo tanto, cuando Lacan destacó que el lenguaje y el inconsciente comparten una misma estructura, ordenó el campo que había abierto Freud. Este orden, esta razón, se traduce en el aforismo que domina toda la obra de Lacan: “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”.

¹⁹ Piglia, Ricardo. *Antología personal*. Pág. 91. Ed. Fondo de Cultura Económica. 2014.